

V

¡Hermoso cauterio el de unos rayos solares sobre un cuerpo enfermo y debilitado! Parece reanimar facultades y levantar en el interior del pecho ráfagas de vida; todas sus caricias semejan amorosos besos de madre tierna; de vez en cuando, el traicionero viento, que pretende estropear la acción vivificante, da latigazos fríos, pegados, envueltos en sequedad; pero al fin se retira avergonzado, reconoce la superioridad del enemigo, y el pobre mortal siente sobre su rostro los resultados felices de la victoria, los bienestares del triunfo, porque el conseguido por el sol lo considera suyo, ya que si la fortuna es adversa sufre los trallazos de la derrota...

Pues bien, acogidos a la misericordia inagotable del dios tiempo, mi padre y yo pasábamos grandes ratos frente a sus áureas refulgencias; mi padre, delicado y todavía enfermo, paseaba su mirada tranquila por los objetos inciertos y vacilantes; y yo, con un libro en la mano —el obligado Werther de la juventud—, recibía emociones poéticas y sublimes; permanecíamos callados, nuestros cuerpos buscaban la posición más incórtés, pero cómoda, y dábamos, sin duda, la sensación de dos epilépticos en pleno ataque envolvente.

Mi padre dió un pequeño grito, y yo me asusté; la enfermedad volvía a aprisionarle su pobre corazón; físicamente, sus fuerzas estaban ya agotadas; temblé; súbitamente se apoderaron de mi cuerpo convulsiones involuntarias, cuyo desarrollo me producía espanto; vino la sirvienta —una buena señora, vieja y sentimental—; entre los dos amparamos a mi padre; después llegó el médico; puse gran atención en él; clandestinamente, observé las pesimistas contracciones de su cara; tomóle el pulso, aplicóle el termómetro...; no pudo menos de hacer otro gesto, de esos que hielan al espectador más hermético; auscultó el pecho del enfermo, y con visibles muestras de atropello y emoción, me soltó las palabras siguientes:

—No hay remedio, su corazón anuncia pronta inmovilidad, era terrible y decisiva una recaída, y ha llegado...; su padre creo que era un buen cristiano, de forma que no debe usted negarle los auxilios espirituales propios del caso. Resignación y a olvidar, la vida es así.

Yo caí desvanecido sobre una butaca, el médico usaba ya el tiempo *era* como si mi padre, que respiraba aún, fuese un pretérito ente desaparecido; y vi todo el terror de las grandes desgracias, y vislumbré parte de mi vida futura, y estreché contra mi pecho una sombra que desde un rincón me enviaba besos... mi *madre*. «La vida es así», habíame dicho el médico, pero ¿por qué es así? enigma, enigma; hay ciertas comprensiones vedadas hasta ahora a la luz de los mortales; pues es necesario saber, conocer, explicar...

Un fuerte suspiro de mi padre hizo que el corazón me diera un vuelco, corrí a su lado, el dolor tuvo el gusto de morderme al oír las frases agónicas y delirantes; quise prestarle auxilio, reanimarle... Y apareció don Cándido, el cura, seguido de un monaguillo y varias personas con velas; la sirvienta me hizo una seña; el sacerdote vestía un blanco hábito del que yo me había burlado en mis tiempos niños, la única prenda litúrgica que siempre me había causado risa, ¡terrible ironía! Comprendí que la Iglesia enviaba a mi padre a la muerte escoltado por el Sacramento postrero; el sacerdote comenzó a latinar, el monaguillo contestaba incorrecto y distraído..., el cuarto olía a cera..., se oyó la queja de una mujer hipócrita o pusilánime, que simbolizaba al grito del mundo frente a las soledades de la

muerte. Sí; aquella mujer lloraba porque tenía la convicción individual de que también pasaría por el terrible instante. ¡Hasta frente a la muerte el hombre es quien siempre ha sido!: individualista, rodeado de egoísmo.

Mi padre hablaba, pero vocablos incoherentes, de una incoherencia apagada y cruel; a pesar de su estado, conservaba fija la vista, que más fúlgida y desorbitada que nunca, enviaba a raudales toda su fuerza y centelleo. Se marcharon, yo quedé solo con mi padre, todavía resonó en la habitación el sutil tintineo de una esquililla...; después el silencio cerrado y la tranquilidad engañosa que el mismo engendra.

Y llegó el momento fatal, terrible, horroroso: mi padre levantó los brazos hacia arriba, la vista se hizo aún más brillante, la cara tornóse amarillenta y se iba helando; le aprisioné el corazón con las manos, aun latía el traidor, pero sus latidos eran tímidos y reposados, casi imperceptibles...; en aquel momento el alma desapareció, caminaba hacia las alturas e iba dejando una estela blanca, blanca, tan blanca... que no era nada (1)... Mi padre había muerto...

Me sacaron de la habitación Capilla y otro amigo, se esforzaban en consolarme, en vano, porque yo no lloraba, mi sentimiento era mudo, estático, sin gesto alguno exterior. Una especie de nube caliente nubló mi vista, forzándola brutalmente a adormecer sus impulsos oteadores... y cerré los ojos; un penetrante y agudo campanileo hizo que se insensibilizaran mis tímpanos; vampiros insaciables absorbieron mi sangre... y quedé sin fuerzas; una gran pizarra negra se ofreció a mi imaginación...; un ángel inoculó en mi cerebro inyecciones misteriosas... y quedé dormido, aletargado, sumido en un truculento ultrarealismo donde yo no era nadie, donde estaba yo solo, donde todo era negro, donde yo flotaba desequilibrado, donde todo era incierto: mi destino, indefinible, trashumante, relativo...

Al despertar noté con sorpresa que estaba en la cama, traté de recordar y fijar los acontecimientos que asaltaban mi cerebro; hice memoria, recordé fantásticos ensueños, rehice figuras, imaginé escenas soñadas, y allá, a lo lejos, escorzado y pequeñín vi un cadáver; inundóme una duda terrible, y, con esa incertidumbre que nos ataca cuando al levantarnos luchan las fantasmagorías con las realidades inmediatas, sufrí un sobresalto, porque a medida que avanzaba en mi exégesis aparecía más claramente la muerte de mi padre como un hecho palpable y no como un sueño, como una realidad escalofriante y no como una pesadilla truculenta, y... ¡ay! aprisioné la cabeza con las manos y rompí en sollozos, sollozos espirituales que carcomían mi alma; sollozos incomprensidos y esotéricos, puesto que no producían lágrimas; sollozos que destrozaban cruelmente mi corazón, ya enfermo.

Y en el mismo instante que me disponía a salir para asegurarme de mis juicios y presenciar la horrorosa fechoría del misterio, se abrió la puerta y entró, seguido de Capilla y varios más, mi tío Fabio —creo haber dicho ya que era hermano de mi madre y médico de un pueblo cercano— que se dirigió a mí, pronunciando palabras de consuelo. Sí, era cierto, mi padre había muerto la noche anterior y todo estaba preparado para el entierro, que se verificaría unas horas más tarde; contra lo que todos esperaban yo permanecía, si no tranquilo, mudo...; oí que fuera lloraba alguien; era Jacinta, la cual, con ese sentimiento intuitivo que asalta a todos los espíritus serviles, exteriorizaba su pena por el suceso... ¡ay! ¡Por el suceso que la privaba de pan y alegría!...

Mi estado entonces era de una marcada transfusión al estoicismo insensible; mi pecho no podía albergar tanta desdicha; abatidísimo fui a la capilla fúnebre, allí permanecían entre sendos paños blancos las siluetas cadavéricas que formaban, casi vagamente por la homogeneidad de la tela, los restos mortales de mi pobre padre...; me separaron, me obligaron casi a la fuerza a salir de aquel ambiente tenebroso que turbaba mis sentidos con sus exhalaciones pesadas, mas, antes de que tal sucediera, quise por última vez mirarle a la cara, envolverle idealmente con el manto níveo de mi sacrificio sublime...

Y llegó el momento en que una ley humana disponía que el cadáver de mi padre fuese enterrado, sepultado por una eternidad en las sombras internas de las capas telúricas...; se oyó la llamada de las campanas, que, tocando a muerto, retumbaban lúgubres y sonoras en la estancia; una sacudida recorrióme todo el cuerpo, cercenado por el dolor intenso que iba cubriendo los órganos en cierto malestar sofocante. Y cuando las preces eclesiásticas, con sus misticismos y exclamaciones patéticas, penetraron polifónicamente, noté como si una fortísima influencia espiritual guiase mi lengua, y, más que hablé, grite convulso:

—¡Vámonos!

Trataron de disuadirme, mi tío me sostenía enérgicamente por los brazos y procuraba calmar mi excitación de ánimo con palabras y gestos que yo no quería obedecer; yo no me convencía, y amenazaba con los mayores desmanes si no me dejaban calmar mi deseo.

—¡Oh, crueles mortales! ¿Cómo tenéis la avilantez y el atrevimiento de negarme autorización para ir con mi padre a la morada eterna, donde él descansará solitario, enmohecido y pútrido, anhelando compañía y palabras cariñosas que le distraigan? Dejadme, dejadme, no sois nadie para ponerlos en medio del camino, yo quiero ir, yo quiero ver cómo colocan a mi padre en la mansión eterna, quiero ser el último que vea su cérea y helada cabeza, el último que comprenda su postrer anhelo; me voy...

Otra vez me detuvieron, mas yo, enardecido, gritaba furiosamente, decía ponerme loco; los circunstantes cambiaron una mirada de duda, la cual aproveché para lanzarme a la conducción que, envuelta en cantos fúnebres, comenzaba sus pasos tardos; parecía que, inconscientemente, los mismos acompañantes deseaban prolongar la estancia en este mísero rincón del cuerpo frío e inerte; ante mi huída salieron precipitadamente mi tío Fabio y Capilla, los cuales, cogiéndome del brazo, accedieron a que acompañara a mi padre hasta la helada tumba; y nos colocamos a la cabeza de la comitiva, desde donde recogía las miradas, entre curiosas e indiferentes, que todos me dirigían con un poco de conmiseración.

Llegamos al cementerio, un cementerio de pueblo rústico y descuidado, donde, a su libre albedrío, se desarrollaban infinidad de plantas, engendradas al calor de la putrefacción humana; alguna que otra cruz derrengada y cubierta de pátina rojiza, daba a la mansión su carácter de ultramundo; allá, junto a una esquina, vi cómo unos enterradores terminaban de abrir una fosa negra, negrísima, que respiraba humedad y horror; yo me encaminé hacia ella, imperturbable miré su interior, en el fondo se divisaba un cráneo herrumbroso y mutilado, cuya oquedad parecía reclamar venganza; como todo llega, llegó también el féretro; unos hombres, cuyas facciones nunca olvidaré, le traían, jadeantes, sudorosos; le depositaron en el suelo, medio entre las hierbas que querían abrazarlo en caricia dulce, amorosa; aquellos mismos hombres le bajaron a la tumba..., al chocar con el fondo produjo un ronco chasquido, que fué como un adiós lúgubre, tenebroso, macabro...: el adiós de un muerto; unas viejas lloraban en las esquinas, reclinadas sobre el suelo; todos los circunstantes cruzaban miradas silenciosas, graves, inciertas; el sacerdote pronunciaba los

últimos responsos del ritual, el sacristán salmodiaba repetidamente sus contestaciones en un latín desastroso; yo estaba en silencio, ligeramente inclinado hacia la tumba, fijándome en las paletadas de tierra húmeda que los enterradores depositaban cubriendo los restos amados; yo sentía cómo aquella tierra me aprisionaba el pecho hasta casi ahogarme, llegó un momento en que su pesadez me hacía daño, y algunos quejidos se escaparon, delirantes, de mis interioridades convulsas...; y todo acabó, y todos me miraban melancólicos; una rústica cruz indicaba la posición del cadáver, mostraba el sitio del órgano más valioso: la cabeza; y, a la vez, parecía un brote que de ella saliera como primera encarnación en su nuevo mundo, en su nueva constitución: el mundo de los muertos.

Mi tío me cogió del brazo con ánimo de alejarme, me dejé conducir como un autómatas, no sin lanzar una última mirada hacia aquella tumba removida, que, en el selvático cementerio pueblerino, tenía la figura y daba la impresión de un lago desconocido, en cuyo interior se dispusieran a germinar las semillas de románticos lotos, que algún día cantarían las bellezas de su fondo, las eternidades que encierran sus raicitas tentaculares...; y yo me dejaba conducir, me dejaba conducir..., detrás de mí, la soledad y el misterio aullaban incansables...

Pasé unos días enigmáticos, perseguido incesantemente por los iconos del recuerdo...; caí en una especie de sopor que me robaba todo reposo, toda tranquilidad, me puse enfermo, no comía, inducido por el sentimiento, mi corazón no dejaba de atormentarme con nuevas reminiscencias dolorosas.

Transcurrieron aún diez, doce, quince días más, al cabo de los cuales pareció asentarse otra vez en mí la normalidad pretérita, volví a adquirir todas mis facultades, y al recobrarlas, vislumbré mi verdadera situación, una situación nada llamativa, rodeada de incógnitas y tropiezos indescifrables; me veía solo —razón tenía para no fiarme en el apoyo de mis tíos—, sin fortuna, pues la enfermedad de mi padre dió al traste con los ahorros; sin carrera, con un gran bagaje, eso sí, de anhelos nobles y de ansias del espíritu; ante tales pensamientos roedores maldecía de mi mala estrella y de mi suerte negra, andaba como loco, sin hablar a nadie, entregado a la nostalgia más pertinaz, que agotaba mis fuerzas exhaustas.

Pero una tarde llegó mi tío con ánimo de llevarme con él, aducía razones fundadísimas que no admitían réplica. Yo, al oírle, me quedé mirándole con agudeza, quería distinguir en sus palabras la profundidad de los sentimientos que las inspiraban; acepté ¿qué iba a hacer? negarme, sería, además de una desconsideración, una grosería, con la cual pagaba aquellas nobles proposiciones.

Acogí el imperativo además de el destino.., y abracé a la *Vida*, que me tendía sus brazos largos, muy largos, larguísimos...

Nota

(1) Sin embargo, la nada es negra; lo blanco es algo, es claridad, luego, no puede ser un componente de la nada; pero la claridad elevada hasta lo infinito, quizá sea negrura; apliquemos a esto la célebre frase de Heine: «El placer no es más que un dolor muy agradable».

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Sello_007